

AZAÑA, MANUEL (2022). PASEOS POR MI JAULA. PÁGINAS ESCOGIDAS DEL DIARIO, 1931-1939. J. L. GALLERO Y C. GUTIÉRREZ (EDS). MADRID: ÁRDORA EDICIONES

Jesús CAÑETE OCHOA
Universidad de Alcalá
<https://orcid.org/0009-0008-3443-0072>

El 24 de noviembre de 1911, recién llegado a París como becario de la Junta de Ampliación de Estudios y a punto de cumplir los 32 años, Manuel Azaña escribe la primera anotación de su diario. Durante esta estancia también comenzará a tomar apuntes de sus reflexiones y lecturas en un cuadernillo de notas. En una carta que, desde la capital francesa, envía a su amigo alcalaíno, José María Vicario, le dice: «En mi divisa está escrito aquello de “todo lo miró y notó, y puso en su punto”, del personaje de Cervantes; yo todo lo miro y todo lo noto, no respondo de acertar también en la última parte». (Carta a José María Vicario, 11 de enero de 1912; en: Manuel Azaña, *Obras Completas*, vol. I, edición de Santos Juliá, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, pp. 840-842).

A pesar de lo que prometían sus palabras, un perezoso Azaña va a ir escribiendo de manera discontinua en su diario. Tras regresar a Madrid, en octubre de 1912, añade una única entrada, el 2 de diciembre, y lo abandona hasta 1915, en que anota lo sucedido en los seis primeros meses del año. Durante la Gran Guerra, en la que Azaña será un ferviente defensor de la causa aliada, toma apuntes durante la visita oficial que hace, como parte de una comisión de intelectuales españoles, a los frentes de guerra francés, en 1916, e italiano y francés, en 1917. En 1918, año que había comenzado con su fallida candidatura como diputado, vuelve al diario para contar los viajes que hace en verano a Galicia, León, Asturias, Santander y País Vasco. En 1920, tras su regreso de su segunda larga estancia en

París, hace unas rápidas anotaciones sobre su estado de ánimo y la vida madrileña. Tras seis años de silencio, en 1926, retoma el diario para apuntar, brevemente, sus impresiones de un viaje por Castilla. En 1927, quizá animado por la publicación de su novela *El jardín de los frailes*, refleja en su diario el ambiente intelectual del momento. En 1928 vuelve para dejar unas pocas notas sobre su visita a Valladolid y Simancas.

No será hasta la proclamación de la República, en 1931, que Azaña se vuelque en una literatura testimonial con la que quiere dejar constancia de una actualidad convulsa y que, según sus palabras, piensa emplear en la futura redacción de sus memorias.

Los diarios de Azaña se dieron a conocer en la primera edición de las *Obras Completas*, dirigidas por Juan Marichal, publicadas en cuatro volúmenes entre 1966 y 1968, por la editorial mexicana Oasis. En el volumen III figuraban los «Diarios íntimos y cuadernillos de apuntes», con las anotaciones de 1911 a 1928, y en el volumen IV, con el título de «Memorias Políticas y de Guerra», las entradas correspondientes al periodo 1931 a 1939. En estas *Obras Completas* faltaban los tres cuadernos que fueron robados, a fines de diciembre de 1936, por el diplomático español Antonio Espinosa a Cipriano de Rivas Cherif, en esos momentos, cónsul de España en Ginebra y cuñado de Azaña, de quien había recibido el encargo de custodiarlos. Estos cuadernos contenían las anotaciones de Azaña de los siguientes periodos: del 22 de julio al 10 de septiembre de 1932; del 28 de noviembre de 1932 al 28 de febrero de 1933 y del 1 de junio al 26 de agosto de 1933.

Esos tres cuadernos estuvieron secuestrados por el dictador Francisco Franco hasta que su hija los entregó al Gobierno español en 1996. En el año 2000, la editorial Crítica los incluyó en la edición titulada *Diarios completos. Monarquía, República y Guerra Civil*. A pesar de su título, no se trataba de unos diarios completos, pues faltaban numerosos textos, algunos que ya habían formado parte de las primeras *Obras Completas* y, sobre todo, los llamados «Apuntes de memoria» que, a cargo de Enrique de Rivas, se habían publicado en 1990 en la editorial Pre-Textos y que cubren los periodos: julio de 1936 al 19 de abril de 1937 y de diciembre de 1937 a marzo de 1938.

Aun a riesgo de ser un poco prolijos, vale la pena determinar qué escritos se pueden considerar que forman parte de sus diarios, a los que el propio Azaña se refería, indistintamente, como «notas», «memorias», «borrador» o «apuntes». Si tomamos como referencia la segunda edición de sus *Obras Completas*, dirigidas por Santos Juliá y publicadas en 2007 por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, nos encontramos con que, debido al criterio cronológico con el que fueron concebidas, los textos de los diarios están distribuidos a lo largo de sus siete volúmenes. A saber:

En el volumen I (páginas 667 a 809): «París, 1911»; «París, 1912»; «Bélgica, 1912»; «Madrid, 1912»; «Madrid, 1915»; «Madrid, 1916»; «París, 21-24 de octubre de 1916»; «Milán, 16 de septiembre de 1917»; «Reims, Verdún, Toul, Nancy. Diciembre de 1917»; «Galicia, León, Asturias, Santander y Provincias Vascongadas. Junio-julio de 1918».

En el volumen II (páginas 1.025 a 1.051): «Madrid, 1920»; «Castilla La Vieja, 1926»; «Madrid, 1927»; «La Coruña, 1927»; «Castilla La Vieja, 1928».

En el volumen III (páginas 593 a 1.090): «Madrid, 1931. 2 de julio de 1931-4 de enero de 1932»; «Madrid, 1932. 4 de enero-10 de septiembre».

En el volumen IV (páginas 515 a 827): «Madrid, 1932. 28 de noviembre-31 de diciembre»; «Madrid, 1933. 4 de enero-20 de agosto».

En el volumen V (páginas 627 a 660): «Madrid, 19 y 20 de febrero de 1936»; «Cartas a Cipriano de Rivas Cherif, marzo-junio de 1936».

En el volumen VI (páginas 257 a 632): «Apuntes de memoria. [Julio de 1936-abril de 1937]»; «La Pobleta, 1937. 20 de mayo-5 de diciembre de 1937»; «Apuntes de memoria. Diciembre de 1937-Marzo de 1938»; «Pedralbes. Abril de 1938-Enero de 1939»; «Crónica abreviada de quince días. Carta a Ángel Ossorio. 18 de junio de 1939».

A todo lo anterior, del volumen VII (en donde figuran los escritos póstumos de Azaña y sus apuntes) se deben añadir: «Notas

de París» (páginas 245 a 264), «Notas misceláneas» (páginas 281a 285), las anotaciones «París-Madrid, 1920» (páginas 401a 406) y los apuntes del «Block» (páginas 450 a 456).

De modo que, de un total de 1.419 páginas, la parte que corresponde a los años 1911 a 1928 supone únicamente 168 páginas. Se ve con claridad que el trabajo memorialista más significativo de Azaña comprende la República y la Guerra Civil, hasta concluir casi al inicio de su exilio; concretamente, la primera anotación es del 2 de julio de 1931 y la última del 19 de enero de 1939. A este periodo, 1931-1939, pertenecen las páginas escogidas del *Diario* de Manuel Azaña que Árdora Ediciones presenta con el título *Paseos por mi jaula*.

El libro que se reseña lleva en su portada a un Azaña sonriente, imagen suya infrecuente que procede de una fotografía tomada durante el mitin que se celebró en la plaza de toros de Bilbao el 9 de abril de 1933, en el que también intervinieron Indalecio Prieto y Marcelino Domingo.

Pero este libro es, sobre todo, una múltiple incitación para que se lea la obra de Azaña. La introducción, «Leer a Manuel Azaña», es una perentoria petición de los editores, José Luis Gallero y Carmen Gutiérrez, para que estas *páginas escogidas* sirvan «como preludeo a la lectura de los dietarios completos, así como del resto de su quehacer literario, incluido el epistolar». Quien acompañe a Azaña en sus *paseos por la jaula* de este periodo crucial en la historia contemporánea española, nunca agradecerá bastante tan acertada recomendación.

El lector voraz, que desde su infancia fue Azaña, confiesa en su texto sobre el *Idearium* de Ángel Ganivet, que está acostumbrado a leer «en coloquio con el autor, pidiéndole sus razones» (Manuel Azaña, *Plumas y palabras*, Crítica, Madrid, 1996, pp. 9-84). Leído así este libro, resultan convincentes los motivos que han llevado a los editores a realizar esta selección y se comprende lo difícil y arriesgado que ha sido separar algunas entradas de esa «corriente magnética» de su memoria, sin que se pierda «el carácter orgánico del *Diario*, la tensión interna».

Con un ánimo deambulatorio, los editores han atravesado los años más fértiles de la memoria de Azaña, que son también los años de la esperanza y la tragedia de España. Su lectura nos permite

entrar en la sala de máquinas del poder y conocer, en la voz del autor, que quizá fue el principal protagonista de su tiempo, reflexiones y opiniones sobre los personajes y los acontecimientos más destacados; todo aderezado con algunos retazos de intimidad.

Tras la introducción, figuran dos bloques con las cuarenta y tres entradas seleccionadas, una por cada mes de los años en que Azaña redactó sus diarios. El primero, 1931-1933, pertenece al llamado «bienio republicano» en que Azaña va a desempeñar la jefatura del Gobierno y el Ministerio de la Guerra. Durante esos dos largos años, Azaña va a pronunciar alguno de sus más conocidos discursos: sobre la reforma militar, las relaciones Iglesia y Estado, el orden público, el Estatuto de Autonomía de Cataluña o la República como forma de la nación. Santos Juliá, el mejor estudioso de la obra de Azaña, sugería que esos discursos se leyeran «con los diarios abiertos encima de la mesa, pues son como su emanación pública».

A las anotaciones de este primer periodo se refiere el escritor Max Aub, que las leyó cuando se publicaron en 1968 en el mencionado volumen IV de sus primeras *Obras Completas*. En su libro *La gallina ciega* (1971), diario de su decepcionante viaje a la España de 1969, escribe: «Leído aquí, ahora, estas notas de 1932 y 1933 —los años más esforzados de su gestión— suenan siempre a verdad y no dejan de sobrecoger por cuanto anuncian, agoreras.» (Max Aub, *La gallina ciega. Diario español*, Alba Editorial, Madrid, 1995, p. 160).

Durante 1934 y 1935, en que permaneció en la oposición política, Azaña no escribió en su diario. Como testimonio de lo sucedido esos dos años quedan algunos apuntes realizados más tarde (por ejemplo, en las anotaciones de los días 1 y 4 de julio y 7 de agosto de 1937 va a mencionar sucesos de 1934) y dos libros: *Mi rebelión en Barcelona*, en donde narra lo sucedido tras su detención ilegal en octubre de 1934, y *Discursos en campo abierto*, que contiene tanto su discurso en *campo cerrado*, que es la defensa de la acusación de haber proporcionado armas a los revolucionarios de Asturias y alentado la declaración independentista catalana, como los tres discursos pronunciados en Mestalla (Valencia), Lasasarre (Vizcaya) y Comillas (Madrid).

El segundo bloque comprende los años 1936 a 1939. En 1936, Azaña apenas escribe en su diario los días 19 y 20 de febrero, así que, la mayor dedicación de Azaña a la escritura de sus diarios, la va a

realizar durante la Guerra Civil, con la redacción del «Cuaderno de la Pobleta» –de 1937–, y del «Cuaderno de Pedralbes» –de 1938 y los primeros días de 1939–. El «Cuaderno de la Pobleta» es el único que, en propiedad, se podría titular como *Memorias políticas y de guerra*, pues Azaña lo reescribió en el exilio con miras a su publicación en Estados Unidos, que resultó fallida.

Cada una de las cuarenta y tres entradas (que en once casos son fragmentos de las originales) viene precedida de unas palabras del propio texto de Azaña, a modo de posible condensación de su lectura. Por ejemplo, la entrada del diario del 8 de noviembre de 1931 tiene como cimera la frase: «La elegía de la Moncloa». Efectivamente, en lo esencial, en este texto Azaña se duele de la destrucción de la zona de la Moncloa para la construcción de la futura Ciudad Universitaria. Otros ejemplos: el 29 de julio de 1932, «Una República de trasnochadores»; el 4 de enero de 1933, «Tuve que resignarme a dar paseos por mi jaula»; el 22 de junio de 1937, «Descomponer en varios colores el rayo blanco del patriotismo»; o, el 12 de mayo de 1938, «No puedo quedar prisionero de Negrín».

Para salvar los periodos en que Azaña deja la escritura de su diario, en la edición de *Paseos por mi jaula*, se han puesto una serie de textos que funcionan a modo de interludios o traspuntes, a cargo de algunos de los mejores conocedores de la obra de Azaña: Antonio Machado, Juan Marichal, Enrique de Rivas, Santos Juliá, José Carlos Mainer, Alicia Alted y Enrique Moradiellos.

Esta selección de los diarios finaliza con un fragmento de la conocida como «Crónica abreviada de quince días», que es la carta que Azaña envía a Ángel Ossorio en que deja testimonio de sus últimos días en la presidencia de la República.

A modo de epílogo figura el texto «Atrapar el aire», de José Andrés Rojo, novelista y periodista, a quien debemos una magnífica biografía de su abuelo, el general Vicente Rojo. En su texto, Rojo hace una contextualización del *Diario* de Azaña, una obra en donde, nos dice, «cualquier episodio, público o privado, se llena de múltiples sentidos, abre otras vías de comprensión, aporta distintos materiales para poder construir quién fue aquel personaje que tuvo en sus manos gobernar España y de qué están hechas las resistencias con que tuvo que batirse».

El libro se completa con un sustancioso cuerpo de notas, una cronología del periodo 1931 a 1940 y un siempre útil índice onomástico. En la redacción de las notas parece que los editores, inspirados por las palabras del modo de leer de Azaña, han querido mantener un coloquio con las entradas del *Diario* y sus resonancias. Además del *dramatis personae*, en estas notas encontramos unos estados de la cuestión que ponen las palabras de Azaña, sus reflexiones, en el centro de un inacabado debate. Por ejemplo, si la entrada trata de Casas Viejas, en una nota se hace un balance del tema y se entra a dilucidar, entre otras, la manipulación de aquella malintencionada frase atribuida a Azaña: «los tiros a la barriga». En otras notas se compendia el debate sobre la relación entre literatura y compromiso político o se resume la polémica sobre la discontinuidad de la cultura española. De modo que estas notas ayudan al lector a resolver dudas y situar muchas cuestiones.

En su colofón, este libro despide al lector con un dibujo de Azaña realizado por el editor y poeta Tono Areán, inspirado en la imagen de la portada, al que acompaña una evocadora frase de Américo Castro: «Es bueno seguir pensando en torno a las palabras de Manuel Azaña, insólitas de claridad y de honesta belleza».

Como sucede con sus diarios completos, tras la lectura de esta selección regresan muchas cavilaciones. No le abandona al lector la sensación de ser un entrometido en su vida, mientras sobrevuela la pregunta por el fin que quería dar a estos escritos. El citado Max Aub, autor de una gran obra memorialista que cubre el periodo 1939 a 1972, dejó apuntado en sus diarios el siguiente comentario: «Me saca del salón el doctor Manuel Martínez Báez para hablar de las *Memorias* de Azaña. Él no hubiera dejado que se publicaran. —¿Con qué derecho, me pregunta, se da luz a las notas de un estadista, evidentemente escritas para redactar, más adelante, sus memorias?» (21 de julio de 1968, en: Max Aub, *Nuevos diarios inéditos*, Renacimiento, Sevilla, 2003, p. 140).

Al inicio del «Cuaderno de La Pobleta», en mayo de 1937, Azaña nos dice que escribe las cosas que pasan «para intentar recordarlas y ordenarlas». Más adelante, en julio de 1937, apunta que está recogiendo testimonios parecidos, igual de directos que los suyos —«escritos en caliente»—, porque después todo lo que se escriba «será

para la historia». Lo que espera de ellos, lo confiesa, ya desde el exilio, en la carta que envía a quien fue durante un tiempo su secretario, el poeta Juan José Domenchina: «Mi propósito no es polemizar, ni criticar a nadie, sino proveer de información a los que quieran conocer la verdad, tal como yo la he entendido, y valga lo que valiere. En fin, como si me hubiese muerto, que a eso equivale publicar, en vida, unas memorias políticas» (Carta de 18 de marzo de 1939; en: Manuel Azaña, *Obras Completas*, vol. VI, edición de Santos Juliá, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, p. 657).

Dado que hoy es posible ver en la página web del Archivo Histórico Nacional de España los manuscritos de los tres llamados *cuadernos robados* [<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/contiene/4617042>], otra pregunta que surge es cómo pudo escribirlos de forma tan fluida, sin correcciones ni tachaduras. Quizá la respuesta sea la memoria de Azaña, que él mismo calificaba de «implacable e insoportable». Pero puede que también resida en lo que la filósofa María Zambrano, que trató a Azaña en su juventud, contaba en uno de sus últimos textos, «Impávido ante las ruinas», dedicado precisamente a Azaña. María recuerda el momento en que le contó a su padre, Blas Zambrano, por cierto, amigo cercano de Antonio Machado, que había conocido a alguien que sabía escuchar. Su padre le dijo que eso era muy raro en nuestro país, que en España «había buenos oradores, pero hablar, lo que se dice hablar, después de haber escuchado, era privilegio de unos pocos» («27 de octubre de 1990. Impávido antes las ruinas», en: María Zambrano, *Obras Completas*, Vol. VI, edición de Goretti Ramírez y Jesús Moreno Sanz, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014, pp. 795-797).

Como ya se ha dicho, los dos editores, José Luis Gallero y Carmen Gutiérrez, avisan en su texto de introducción de los riesgos asumidos en la selección de estas páginas. Sin embargo, se habría agradecido que hubieran proporcionado más información sobre el criterio editorial empleado para elegir cada una de las entradas. Conocer el sentido de sus preferencias permitiría leer este *Diario* desde una nueva perspectiva, que siempre enriquece el diálogo con la obra de Azaña.

Todo diario es una *jaula*, un espacio cerrado a los recuerdos. Lo que está entre los delgados barrotes de la escritura es lo atrapado y, en este caso, se añade una nueva cerca, la del editor, que selecciona lo

que considera necesario para ofrecer su visión del mundo del diarista. A diferencia de lo que le sucede en el famoso poema «La pantera» de Rilke, detrás de los barrotes de esta jaula «todo un mundo existe» y hace que valga la pena aceptar la invitación hecha por los editores, la que nos lleva a emprender «la aventura de leer a Manuel Azaña».